

Los datos procedentes de otras áreas de la provincia de Castellón para el periodo eneolítico/calcolítico parecen indicar que existe un modelo de hábitat y de ocupación del territorio similar al periodo precedente, con una continuidad de la ocupación de cuevas, como la Cova de Petrolí (Aguilella, 2002-2003) y abrigos como el de la Roca Roja (Aguilella, Arquer, Arqueocat, 2008), por mencionar dos yacimientos cercanos a nuestra área de estudio, y con la existencia de poblados al aire libre enclavados en las áreas llanas y sin aparentes preocupaciones defensivas.

Si bien es verdad que en otras áreas peninsulares se constata para esta fase una expansión de la agricultura cerealista, que implicará la deforestación de amplios sectores cercanos a las áreas de hábitat para su puesta en explotación, en las comarcas castellanenses, los estudios publicados parecen reflejar unos sistemas productivos en los que priman los recursos cinegéticos y pastoriles; así, las ocupaciones, detectadas hasta hoy sobre todo en cuevas y abrigos, parecen confirmar paradas estacionales relacionadas con la caza y el pastoreo (Aguilella, Arquer, Arqueocat, 2008, 40), con una relativa pobreza en cuanto a la cultura material se refiere, si bien esta visión puede verse mediatizada por el propio desarrollo de la investigación. En este momento aparece por vez primera la metalurgia del cobre, más como un elemento exótico que práctico, manifestado a través de algunos objetos como las puntas del tipo "Palmela", que junto a los botones de hueso de perforación en "V" constituirán los directores fósiles asociados a la cultura del llamado vaso campaniforme, aunque con claras perduraciones a lo largo de la primera fase de la edad del bronce.

Si bien aún no conocemos las causas precisas de este aparente cambio en la economía y en la explotación del territorio observado en la zona de Castellón, posiblemente derivado del propio estado de las investigaciones arqueológicas, bien es verdad que si nos ceñimos al área excavada por el equipo de la *Fundació Marina d'Or de la Comunitat Valenciana* en el PAI de Torre la Sal, no ha podido ser documentado de momento ni un solo indicio de ocupación para esta fase de transición; el registro arqueológico conocido es bastante amplio si tenemos en cuenta que se han excavado más de 100.000 metros cuadrados en extensión, con un total de 683 estructuras documentadas tan solo en el asentamiento de Costamar, a las que cabría sumar un centenar más excavadas en otros sectores del área de Torre la Sal, en los que no han podido ser identificadas estructuras ni restos de cultura material que puedan ser adscritos al periodo conocido como horizonte campaniforme de transición, (circa 2600-2100 aC), mientras que la única ocupación constatada en el área de estudio se reduce a la Cova de Petrolí, posiblemente relacionada con actividades pecuarias (Aguilella, 2002-2003, 123), así como una escasa frecuentación de l'Abric de la Roca Roja (Aguilella, Arquer, Arqueocat, 2008, 39).

Así pues, el inicio de la edad del bronce puede estar marcado por un desplazamiento del área de explotación agrícola a otras zonas, en parte quizás como consecuencia de factores ligados al agotamiento de las tierras de cultivo durante las fases precedentes o más bien por la adaptación de nuevas estrategias de subsistencia, tal vez como consecuencia directa del nuevo episodio climático que se está gestando (subboreal). El estudio realizado por Ruiz y Carmona (en este volumen) ha confirmado un descenso del nivel freático acompañado de un máximo de salinidad, iniciándose un periodo caracterizado por una general aridificación y enfriamiento de la zona que podría explicar el nuevo modelo de hábitat constatado en el área de estudio y un cambio registrado en los modos productivos adoptados, a los que habría que añadir la lógica herencia y evolución de las pautas culturales constatadas durante las fases precedentes. Así, aunque debemos huir de un fácil determinismo ambiental, no podemos pasar por alto los procesos climáticos y geomorfológicos generales y locales, ya que las respuestas del individuo ante el medio con el que interacciona buscarán, en última instancia, una adecuación de las estrategias que permitan su supervivencia.

Los estudios de los últimos años en otras áreas están permitiendo conocer mejor los asentamientos en llano, formados por cabañas dispersas y que en ocasiones pudieron llegar a formar pequeñas aldeas; por otro lado, continúan ocupándose las cuevas como reflejo de la actividad ganadera de tipo pastoril, además de ser utilizadas como áreas de enterramiento colectivo.

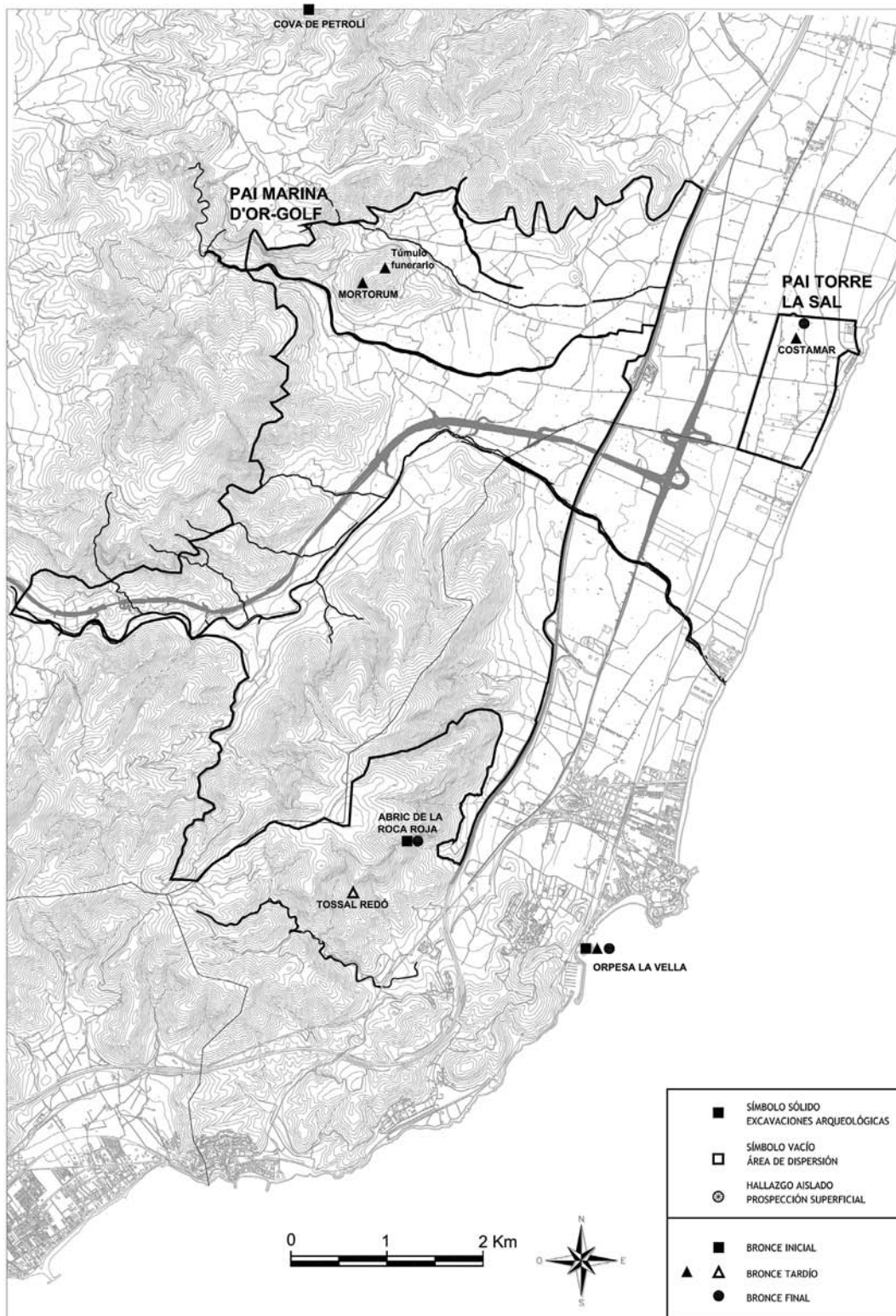


Figura 1. Localización de hallazgos y yacimientos de la edad del bronce.

Seguendo a Gusi, podríamos deducir “...que la cultura material de todos estos grupos, nos señala la presencia de unos modestos y reducidos grupos de poblaciones nómadas, comportando un sistema de vida empobrecido por su peculiar sistema de economía cazadora y pastoril.” (Gusi, 2001, 213). Así, a tenor del registro arqueológico conocido hasta hoy en la provincia de Castellón, parece que la estrategia de subsistencia estaría basada sobre todo en las “...actividades de caza y pastoreo simple de ovicaprinos y porcicultura, además de la tradicional recolección de frutos y vegetales silvestres.” (Gusi, 2001, 213).

Se trata pues de un momento con una evolución compleja, ya que en muchas áreas peninsulares se manifiesta para este periodo un afianzamiento de las estructuras de corte agrario, con la puesta en cultivo de grandes áreas y una mayor estabilidad socioeconómica que favorecerá la creación de nuevos asentamientos asociados a un claro aumento demográfico y que acabarán desembocando, a lo largo de todo el periodo de la edad del bronce, en una reubicación de las comunidades que irán ocupando lugares estratégicos en los que se desplegarán las estructuras de hábitat de carácter permanente y fácilmente defendibles. Estas nuevas formas de ocupación sobre el territorio vienen definidas en nuestro ámbito de estudio por, al menos, dos asentamientos clave: Orpesa la Vella, situado inmediatamente al sur del área de estudio; y el Mortorum, en el centro del área desde donde controla todo el valle y las principales vías de comunicación.

El primero de ellos, Orpesa la Vella, es un asentamiento situado encima de un pequeño promontorio a orillas del mar. Las intervenciones arqueológicas realizadas por el *Servei d'Investigacions Arqueològiques i Prehistòriques*, bajo la dirección de Francesc Gusi durante las campañas de 1976-1979, 1980-1984 y 1986-1987, dieron a conocer la existencia de unas estructuras pertenecientes a casas de planta rectangular adosadas entre sí, con restos de enlucidos y estucados interiores y con una clara compartimentación interior, con presencia de bancos corridos y elementos de sustentación de la techumbre. En cuanto a materiales arqueológicos recuperados, destacan las piezas líticas y pétreas como puntas de flechas, dientes de hoz, hachas y molinos; se constata igualmente un amplio repertorio de formas cerámicas, así como elementos metálicos como puntas de flecha y escorias de cobre junto con la presencia de moldes de fundición; se recuperaron igualmente una gran cantidad de restos óseos de fauna y se documentaron estructuras constructivas, tanto de ámbito doméstico como con funcionalidad defensiva (Gusi, 1976; Gusi, Olària, 1977; Olària, 1987; Aguilera, Gusi, 2004; Barrachina, Gusi, 2004).

En lo concerniente al paisaje, quizá una de las investigaciones recientes más interesantes realizadas sobre este asentamiento es el relativo a su estudio territorial (Aguilera, Gusi, 2004), analizado a partir de la aplicación de un sistema de información geográfica. Las especiales características de la ubicación del asentamiento, sobre una pequeña península, hacía idóneo este análisis que aporta datos sobre la intervisibilidad con otros puntos ocupados, en especial con el Tossal Redó, punto frecuentado durante la edad del bronce con restos muy arrasados de estructuras que podrían estar relacionados precisamente con el asentamiento de Orpesa la Vella y cuya relación ha sido interpretada bajo la óptica de una estrategia de oteo y vigilancia. Pero quizás más interesante es el estudio sobre la distancia de coste (Aguilera, Gusi, 2004, 133). Este análisis comprueba que la explotación del medio circundante al asentamiento se situaría en la zona septentrional, coincidiendo con la mayor potencialidad de suelo agrícola del entorno inmediato.

Estos datos se pueden relacionar con la reconstrucción paleoambiental de este yacimiento, rastreada a partir del estudio antracológico que ha permitido identificar *Pinus halepensis*, *Pinus nigra*, *Olea europea*, *Quercus ilex*, *Fagus sylvatica* y *Yuniperus*.

En lo concerniente a la paleoeconomía del poblado, la especie faunística más representada serían los ovicápridos, seguido de bóvidos –probablemente usados como animales de tiro– y suidos, continuando la caza menor en la que destacan los lepóridos y los cérvidos. La actividad agrícola continúa presente, basada en la cebada, el trigo y las leguminosas, continuando la recolección de bellota, posiblemente para su transformación en harina.

El otro asentamiento clave para este periodo es el Tossal del Mortorum. Conocido desde 1915 a través de las excavaciones de Joaquín Peris, no será hasta el año 2002 cuando, desde el *Servei d'Investigacions Arqueològiques i Prehistòriques de la Diputació de Castelló*, se retomem las excavaciones bajo la dirección de Gustau Aguilera. Estas últimas intervenciones han permitido documentar parte de la muralla ataludada que cerraba el poblado por el norte, así como determinar

varias fases de ocupación para la edad del bronce, una de ellas, la fase 3, fechada mediante <sup>14</sup>C en 1700-1520 cal BC (Aguilella, Miralles, Arquer, 2004-2005, 115), parece corresponderse con el momento de construcción de un interesante túmulo funerario recientemente excavado (Aguilella, Agustí, Gómez *et alii* 2009, 33), mientras que el último periodo de ocupación del poblado, en la que se constatan las primeras importaciones fenicias, datarían su abandono definitivo en la segunda mitad del siglo VII aC. Se trata de un yacimiento de gran importancia para la zona de estudio, ya que es el único en el que se ha documentado una secuencia estratigráfica que comprende las fases de la edad del bronce, bronce tardío y edad del hierro, estando en la actualidad en proceso de estudio y de excavación. Su ubicación privilegiada sobre el cerro del mismo nombre le permite un control visual y estratégico de todo el valle hasta el mar, así como de las vías de penetración hacia el interior.

Como vemos, ambos asentamientos se enclavan en puntos de fácil defensa y al parecer se han constatado murallas en ambos casos, hecho que se correspondería con el modelo ocupacional iniciado en algunas zonas a partir de la fase campaniforme y que se desarrollará a lo largo del llamado bronce valenciano, estableciéndose como uno de los paradigmas que definen este periodo. Este constatado encumbramiento de los asentamientos, que empiezan a presentar modelos de protourbanismo, se atribuye al desarrollo de una agricultura intensiva caracterizada por la aplicación de técnicas agrícolas basadas en la rotación de los cultivos, plena constatación del arado que favorece la oxigenación de la tierra, aumento de la productividad en general con una mayor diversificación de las especies cultivadas, utilización de animales de tiro, etc. y a una ganadería cada vez más extensiva que se configura como un elemento de riqueza y prestigio que incentivará una, cada vez mayor, jerarquización social. Obviamente, como ya hemos visto, la captación de recursos se complementaría con una gran actividad cinegética y recolectora que aportaría el complemento necesario a la dieta y que no solo incluye los frutos secos como la bellota, sino que también se ha constatado la recolección de algarrobas, aunque no sabemos si con la finalidad de molturarla para obtener harina o si sería únicamente recolectada como planta forrajera. Finalmente no hay que olvidar los recursos procedentes del marisqueo, en especial berberechos y almejas, bien constatadas en Orpesa la Vella.

En este momento, la mayor productividad, unida a una mejor alimentación de los grupos humanos, potencia un crecimiento demográfico que se traduce en la necesidad de controlar los excedentes mediante su procesado y almacenaje, así como en la regulación de la redistribución de los mismos.

En general se puede decir que en nuestra área de estudio predomina el aspecto de la invisibilidad del paisaje social definido por Criado (1993). No hay manifestaciones monumentales, ni pinturas rupestres, ni petroglifos que permitan atribuir un carácter deliberado de perdurabilidad intencional en el tiempo. Los espacios domésticos tampoco recogen esa monumentalidad, y tan solo en un momento avanzado de la edad del bronce las estructuras domésticas manifiestan un lejano eco de lo que acontece en otras áreas peninsulares. Los poblados de Orpesa la Vella y el Mortorum se caracterizan, si se quiere, por la presencia de un recinto aterrazado con finalidad defensiva y con una clara intencionalidad estratégica en su ubicación; aún así, nada tienen que ver con los grandes asentamientos fortificados del mismo periodo en otras zonas; las estructuras de hábitat reflejan un protourbanismo en cuanto a su distribución espacial que contrasta aún con la relativa endeblez de los materiales usados en la construcción de las viviendas. De igual modo, la ocultación del espacio funerario a la que alude Criado, únicamente se ve rota por la existencia de un túmulo de reducidas dimensiones en lo alto del Mortorum que, por su carácter excepcional, no refleja un patrón intencional que permita hablar de un paisaje funerario visible.

El periodo climático se caracteriza por ser una etapa más árida que las precedentes, lo que debió influir en la estrategia de ocupación de lugares cercanos a surgencias y cursos de agua en los que poder establecer los espacios de trabajo que se ubicarán en los alrededores inmediatos del poblado; así, la explotación relacionada con el asentamiento del Mortorum durante este periodo debió situarse a los pies del cerro y en torno al barranco del Campello que hace las veces de vía de comunicación hacia el interior, estando bien constatado su uso como vía pecuaria al menos desde época medieval, en un ruta que llega hasta las tierras turolenses.

Muy probablemente, estas comunidades basarán su economía sobre todo en una ganadería de ovicápridos que será complementada con la caza, la recolección y una agricultura de explota-

ción intensiva de las áreas llanas más inmediatas. Los núcleos de población serían de reducidas dimensiones, con viviendas que denotan una clara intencionalidad en la sedentarización, constatado por la creación de un perímetro defensivo que incluye murallas y bastiones que hacen las veces de elementos de contención sobre el que se asientan las frágiles casas, en las que se concentraría un núcleo de población reducido, quizás no superior al medio centenar de personas.

Este modelo de ocupación del territorio ha llevado a los investigadores a formular hipótesis de trabajo que expliquen el porqué de esta ubicación estratégica con marcados caracteres de protección y defensa; una de las teorías parte de ideas de tipo económico, basada en la supuesta sobreexplotación de las tierras que forzaría al abandono de estos reducidos núcleos con la finalidad de buscar nuevas tierras y pastos que explotar, explicando la abundancia de asentamientos con diferentes periodos de ocupación a lo largo de toda la edad del bronce. Otros en cambio, arguyen aspectos derivados de la organización social, de tipo familiar y de carácter parental, en la que “... *los hijos varones, al llegar la edad adulta, se independizarían por sí mismos, mediante una obligada exogamia, a fin de formar nuevas familias ajenas al núcleo patriarcal; con este propósito se establecerían en nuevos asentamientos, no muy alejados de su poblado natal; así el control, explotación, defensa y ampliación de un determinado territorio quedaría asegurado mediante la distribución de asentamientos pertenecientes a un mismo clan de familias extendidas, próximas entre sí.*” (Gusi, 2001, 274). Este continuo desmembramiento crearía un gran número de núcleos unidos por lazos familiares que entrarían en competición con las comunidades vecinas igualmente entrelazadas, lo que ofrece una visión de inestabilidad social motivada por la competencia entre las diferentes comunidades intertribales que provocaría “...*mutuos pillajes y razzias entre poblados rivales, propio de sociedades tribales de economía inestable.*” (Gusi, 2001, 276).

Aun tratándose de un modelo de ocupación territorial basado en lazos familiares, constatado en muchos periodos a lo largo de la historia, sigue siendo difícilmente explicable el cambio que parece manifestarse a través del registro arqueológico. Está perfectamente constatada la ocupación, con elementos defensivos incluidos, en el Tossal del Mortorum y en Orpesa la Vella, incluso con el asentamiento, temporal o no, del Tossal Redó; así mismo, aunque no hemos podido contrastarlo, por las características de su ubicación, el Castell de Miravet pudo albergar igualmente un punto de hábitat durante este periodo que controlaría el paso del corredor de Miravet. Pero el panorama de inestabilidad sugerido por estos asentamientos encumbrados parece cambiar en la fase del bronce tardío y dicho cambio –que deberá ser planteado desde una óptica sociocultural–, podría explicar la presencia de una relativa cantidad de estructuras en un punto tan difícilmente defendible como es el de Costamar, en el que no solo se han podido documentar estructuras de almacenaje aisladas, sino también agrupadas en lo que pudo constituir un pequeño “granero”. Bien es verdad que no se ha detectado más que una unidad habitacional de momento en la zona excavada, pero la ubicación de un área productiva y de almacenaje en este sector, en el caso que dependiera del asentamiento más próximo ubicado en el alto del Mortorum, a más de 4,50 kilómetros de distancia, cuando menos sería difícil de defender ante cualquier acto de pillaje.

Coetáneo a esta fase del bronce, con un escaso registro arqueológico aún para los asentamientos estudiados, se ha documentado una fase de ocupación muy arrasada en el Tossal del Mortorum –en proceso de estudio bajo la dirección de Gustau Aguilera–, así como una posible reutilización del túmulo funerario que evidenciaría la ocupación del cerro durante esta fase, datada aproximadamente entre el 1300 y el 1020 aC (Aguilera, Agustí, Gómez *et alii* 2009, 33), coincidiendo con la presencia de las estructuras de almacenamiento documentadas en Costamar, cuya cronología confirmaría un momento de ocupación sincrónico al del asentamiento del Mortorum. El momento final de este periodo, entre el siglo IX y el VII aC, caracterizado por las intrusiones de carácter indoeuropeo asociadas a los llamados “campos de urnas” –con la introducción del rito de la incineración como uno de los elementos culturales diferenciadores con respecto al momento anterior–, tan solo ha sido documentado de modo residual en l’Abric de la Roca Roja (Aguilera, Arquer, Arqueocat, 2008), aunque no se descarta que esta visión cambie en el futuro, habida cuenta de la probada identificación de materiales en superficie para este momento en zonas tan cercanas como El Tancat.